



(Estátua de Godofredo de Bouillon erigida en la Plaza Real de Bruselas.)

EXPOSICION UNIVERSAL EN LONDRES.

Todos los grabados de este número pertenecen á la riquísima colección de láminas destinadas á ilustrar la descripción del *palacio de cristal*, que ha encargado á publicar LA ILUSTRACION en el número de ayer. La primera, copia fielmente la *estátua de Godofredo de Bouillon*, erigida en la plaza real de Bruselas y cuyo modelo está espuesto en la grande exhibicion; la segunda es el *órgano de los señores Grey y Davison*, que hace oír sus armonías en las bóvedas de aquel magnífico templo; todos los días; la tercera y cuarta son *dos ciferitos para alhajas*; la quinta reproduce un *sillón de lujo para colocar en un tramo*; la sexta es una *chimeña*; la séptima un *asiento de maqué para licorer*; la octava ósea *chimeña de diferente género*; la novena un *bureau público alemán*; la décima y undécima, en fin, *dos necesarios de viaje*. Hemos creído que nuestros suscritores verian con gusto estas muestras, que les darán á conocer la utilidad y la importancia de una descripción del gran concurso universal, tan estensa y tan minuciosa como la que ha emprendido LA ILUSTRACION, yendo acompañada de MIL ó más grabados, muchos de ellos de mayor tamaño y perfección que los que presentamos, pero todas destinadas á copiar con una exactitud escrupulosa cuantos objetos verdaderamente notables encierra la exposición.

RECUERDOS DE LA CHUANERIA.

(Continuacion.)

Desde mi salida de Coetmieu era esta la primera vez que le veía, pero un ese tiempo sus facciones habian cambiado muy poco; la afeccion frustrada habia marcado en su frente algunas arrugas.

Sabia yo que Bernardo, despues de haber servido muchos curatos, acababa de ser nombrado para uno de los mejores de la diócesis, cuando se habia decretado el juramento. Los intereses y las inclinaciones del antiguo vicario de Coetmieu están igualmente en oposicion con la nueva constitucion del clero: así que rebusó someterse á ella, y puso en juego todos los medios que pudo para sublevar su parroquia contra el nuevo orden de cosas. Perseguido por sus sermones incoherentes, se habia visto en la necesidad de huir, y hacia mucho tiempo que estaba escondido.

Sabia yo todas estas particularidades; pero creia que Bernardo hubiera buscado un asilo entre sus antiguos feligreses, y no advirtaba la causa de encontrarle en casa de Morel. Entre tanto la misa se habia acabado, y la gente no se retiraba. Bernardo, que se habia quitado la casaca, se arrojó delante del altar, con la cabeza inclinada sobre el pecho como recogíndose: entonces comprendí que iba á predicar. En efecto, despues de una larga pausa, se levantó lentamente, se volvió hacia la concurrencia que prestaba una atencion ávida, y comenzó con voz triste hablando de la justicia de Dios que castiga á los hijos por los crímenes de sus padres, y viendo que la inquietud habia durado tanto tiempo, los siete angelos encargados de velar sobre el mundo tenían las copas llenas de cólera. Hablando despues de los males que por disposición del Todopoderoso habian afligido á la Francia, recordó los sacerdotes arrojados de sus parroquias, las iglesias cerradas, los que habian muerto sin que los administraran los sacramentos, y continuó:

—Cristianos, uno no es bastante todo esto; los patriotas no han acabado su obra; la revolucion es como el demonio que todo lo devora sin saciarse jamás. Quizás dentro de poco será necesario que deis la tercera parte de vuestros muebles, de vuestros ganados y de vuestros hijos á los que ahora gobiernan.

A estas palabras se alzó un gran murmullo de indignacion.

—A vosotros os toca el defender vuestros cuerpos, vuestros bienes y vuestras almas, si queréis mejor obedecer á un rey que á mil doscientos bribones que forman la asamblea nacional.

Un clamor de aprobacion se levantó, y fué creciendo poco á poco. Bernardo impuso silencio con la mano.

—El día de castigar á los impíos no ha llegado todavía, dijo; pero los pastores velan por su rebaño. Desembarcando están al presente para vosotros armas y municiones; y cuando sea ocaíon vendrán vuestros antiguos gefes á mandaros y encenderéis una hoguera para quemar á los patriotas con los árboles de la libertad. Entre tanto, cristianos, ocultad vuestros graneros, esconded vuestro dinero, llevad vuestras bestias á los bosques para que no os las puedan arrebatár, y sobre todo permaneced fieles á la ley de Jesucristo. Mañana tengo necesidad de salir para otra parroquia: acaso estabais por largo tiempo privados de sacerdote; acaso alguno de vosotros morirá sin confesion y sin recibir el viatico: voy pues á administraros los últimos sacramentos: pero arrepentíos, cristianos, arrepentíos, porque este será el último día de

absolucion para la mayor parte, y en mi mano tengo vuestra salvacion ó vuestra condenacion eterna.

A estas palabras dichas con un acento amenazante y sombrío, Bernardo tomó el cáliz de encima del altar y comenzó á darla comunión á los más próximos. En este un espectáculo imponente y terrible á la vez; un indecible sentimiento de espanto se habia apoderado de la concurrencia. Las mujeres se inclinaban hasta el suelo y pedian perdón á Dios con suspiros; los hombres llorando se daban golpes de pecho, Bernardo solo, imposible en medio de este terror, continuaba ejerciendo las funciones de su lémbre: ministerio, desapareció á pasos lentos en medio de aquella muchedumbre conmovida.

No creó tener necesidad de advertir que al conocer el objeto de esta reunion mis temores se habian desvanecido completamente, y que habia podido explicármelo todo el empeño del mariscal en detenerme, el encuentro de los grupos de paisanos, el aturdimiento de mi arrendatario, y el cuidado que habia tenido en cerrarme la puerta. Completamente tranquilo, busqué con las manos el primer púto, y ayudándome de todo lo que me habia servido para bajar, volví á mi habitación, y me acosté.

Al día siguiente estaba arreglando con Morel las condiciones del nuevo arriendo que le habia anunciado, y que firmó despues de algunos debates, cuando en el momento en que me iba á marchar, aparecieron hasta una docena de gendarmes á la puerta de la quinta, de los cuales el gefe dejó la mitad en observacion. Morel al verlos, palideció é hizo una señal á su mujer, que desapareció al instante.

En este momento entró el gefe.

—Buenos días, compadre, dijo bruscamente.

—Buenos días señor Rion, respondió Morel quitándose el sombrero con temor.

—¿Sabes qué es lo que me trae á tu casa?

—Por el to que no, señor Rion... á no ser que sea á hacer alguna otra requisa.

—Justamente: una requisa de cueros, gritó el brigadier con una risa brutal.

El arrendatario hizo como si no le entendiera.

—Vamos, que bien sabes lo que quiero decir, replicó el gendarme; tú tienes en casa inquilinos sospechosos; y si no, aquí tienes uno que no pertenece á tu familia.

Hablando así se acercó á mí, y me preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

Le dije mi nombre.

—¿Qué hace usted aquí?

Le informé del objeto de mi permanencia en la quinta, é iba á hacerme mas preguntas, cuando un gendarme que habia servido en la brigada de Goincamp me reconoció, y dijo que yo era un *patriota de principios sólidos y un hombre establecido*.

—Entonces, no es este el que nosotros buscamos, replicó Rion, y dirigiéndose de nuevo al arrendatario le dijo:

—Vednos, vejete; las cosas se han de hacer como buenos hermanos: vengo á buscar al ciudadano Bernardo, bútarate no juramentado; conque dime cuál es su cuarto para darle una targeta de parte del procurador síndico.

—No conozco al ciudadano Bernardo, respondió el arrendatario como administrándose.

—Basta, basta, viejo asbato, gritó Rion; no se deja engañar por un pequin un antiguo guardia francés como yo; No me quieres abrir la jaula de tu lobo: pues bien.

Y volviéndose hacia los soldados dijo:

—Finc Vouche, vele á buscar á ese pájaro que nos obliga á hacerle antecala; registra y mueve cuanto encuentres desde las migajas de pan hasta los muebles mas grandes, y escurrida la quinta como los bolsillos de un abogado.

Salieron, y nosotros quedamos solos con el brigadier, quien se dirigió á Morel diciéndole:

Has dado en la tontería de hacerte poendero de todos los no juramentados... Estás apercibido ya por la autoridad, y dentro de pocos días tendrás el sentimiento de verte la órden de llevarte al convento de los ladrónes. Por otra parte, mi viejo, ¿no ves que la nacion quiere que los curas presten juramento... la nacion eres tú, soy yo; luego si tú ni yo debemos proteger á los no juramentados, eso está claro, hé aquí un buen razonamiento.

Morel se sacó la cabeza sin responder.

—Además, continuó el brigadier, que el luchar contra el pueblo es una bobada tan grande como si tu dedo pequeño quisiera pronunciarse contra las dos manos. Tambien te aconsejo que te hagas patriota, porque, regla general de conducta, es necesario ser siempre de la opinion que viene por sí la gendarmería.

—Yo no digo... replicó Morel distraído y escuchando.

—Nada se nos oculta, continuó el gefe; por ejemplo: tú creias bien escondido á tu no juramentado; pero le encontraron antes de suocá

que venia sin duda de confesar alguna jéren, y le siguieron hasta verle entrar en la quinta.

Morel quedó desconcertado.

—Ya ves que somos gente de provecho, replicó el gendarme echándole de inteligente. Sabemos además que Bernardo es un hombre capaz de obligar á los árboles á batirse, y que ha tentado ya todas las parroquias del canton. Desde que él está aquí los muchachos nos tiran piedras por cima de los cercados y los perros ladran en cuanto ven nuestros uniformes. En el distrito están decididos á dar un ejemplo á los atolondrados comprando para esto una guillotina.

Morel miraba al brigadier horrorizado, y queriendo ya ponerse de su parte respondió:

—El rehusar el juramento no es una culpa tan grave que deba castigarse con la muerte.

—No, pero la ley castiga con la muerte á los cabesas de motin y á los predicadores revolucionarios, y por estos crimenes es por los que será juzgado el particular en cuestión.

—¿Y qué pruebas existen contra él?

—Unas cartas suyas que ayer mismo cogi yo en casa del cura de Malignon.

Morel se estramenció.

—Felizmente, dijo por último, Bernardo por ahora está libre.

—¿Cómo! gritó el gefe.

—Porque hace tres horas que se ha ido.

—Es imposible.

—Antes de amanecer.

—¿Y á dónde?

—Donde Dios le haya llevado: al presente los pobres curas no pueden decir por la mañana dónde pasarán la noche.

—Tú me quieres engañar: sé de cierto que está aquí.

—Ya lo vereis por vos mismo, señor Riou.

El brigadier pareció quedar sorprendido por la sangre fría del arrendatario, y hasta yo mismo no sabía qué pensar; pero mi incertidumbre no duró mucho tiempo.

Los gendarmes volvieron con la mujer de Morel, algunas criadas y muchos mozos de labranza, entre los cuales conocí á Bernardo al primer golpe de vista. Llevaba un vestido de paño buedo, unos pantalones de tela y los zapatos guarnecidos de paja; pero se conocía que estaba muy árido con este traje.

El brigadier no se engañó: despues de haber examinado á todos se paró delante de él: Morel hizo un movimiento de sorpresa, y nuestras miradas se encontraron: entonces le hice seña de que se continuara, porque acababa de formar la resolución de salvar, si era posible, al antiguo vicario de Cochemie.

Despues de haberlo examinado, Riou se volvió hácia el arrendatario preguntándole irónicamente:

—¿Desde cuándo usan guantes tus criados para labrar la tierra?

—¿Guantes! replicó Morel sorprendido.

El gendarme tomó el brazo de Bernardo, y mostrándole sus manos blancas añadió:

—¿Conoces muchos mozos de labranza que tengan el cutis tan suave?

No dejó al arrendatario tiempo para que respondiera.

—Ese no es un mozo de labranza, dije yo.

—¿Pues entonces qué es?

—Mi criado.

El brigadier me miró con un aire de duda y me preguntó:

—¿Por qué está aquí vuestro criado?

—Porque ha venido conmigo.

—¿En este traje?

—Es el que se usa en su pueblo, y no encuentro motivo para hacérselo quitar.

Me acordé del pasaporte que había sacado para Miguel y para mí, y sin detenerme le saqué del bolsillo.

El brigadier le leyó con atencion; las señas de Miguel convenian muy mal con el exterior de Bernardo, y el gendarme me lo hizo observar.

Yo le respondí sonriendo: —Debe V. saber que los encargados de estender los pasaportes no son muy exactos en materias.

El se enfureció por un instante; pero en fin, la prudencia le detuvo.

—Todo esto no es claro, dijo; el estudio lo aclarará: así que nos seguirá V. hasta Lamballe.

—No voy por ese lado, le respondí tranquilamente.

—Luego podrá V. seguir su direccion.

—Es que ni tengo tiempo ni quiero.

—Allá lo veremos.

—Morel, cogechad mi caballo al instante, que me voy á marchar.

Morel salió, y yo me senté mientras volvía mi sangre fría desconcertó al brigadier, que recurrió á los razonamientos para dominarme,

y que despues de hablar largo tiempo concluyó diciendo que si rehusaba el seguirle por mi voluntad, se vería obligado á usar de la fuerza.

—¿Tiene V. alguna orden de arresto contra mí? le pregunté.

—No.

—¿Soy algun desconocido sin pasaporte?

—Yo no digo eso.

—Piense usted entonces en lo que va á hacer, y entienda que le hago responsable de toda detencion que me obligue á hacer en mi viage.

Habia yo tomado un tono de rey, el gefe se encontraba visiblemente embarazado, y llamando aparte á Fine Mouche le consultó sobre lo que deberian hacer. En el instante mismo entró Morel anunciándome que el coche me esperaba.

Me lancé con Bernardo hácia la puerta, y los gendarmes nos dejaron salir; pero cuando iba á subir á mi charaban, el gefe me detuvo y me dijo así:

—¿Rehusa V. el venir á Lamballe?

—Desde luego.

—¿Y va V. á Saint-Briene?

—Así pienso.

—Entonces, le seguiremos á V.

—Es V. muy dueño.

—¿Y así permitirá V. que le reconozcan las autoridades?

—Sí.

Los gendarmes montaron á caballo y nosotros partimos.

(Continuará.)

EL DOCTOR SA DE MIRANDA.

Muchos fueron los escritores portugueses que en el siglo décimo sexto honraron con sus obras las musas castellanas. Jorge de Montemayor, Gil Vicente, Gregorio Silvestre y otros ingenios contribuyeron á la empresa de dar perfeccion y lustre al idioma español, lan estimado en Europa en aquellos tiempos, así por los dulces cantos de nuestros trovadores, émulos de los italianos, como por la escelencia de los escritos de nuestros médicos, filósofos y estadistas.

Don Leandro Fernandez de Moratin, en los *Origenes del teatro español*, cita con grande elogio las obras dramáticas de Gil Vicente, compuestas en lengua castellana, no obstante ser aquel ingenio natural de la patria de Camões. Pero ni una palabra dijo de las de otro célebre portugués que floreció en vida del mismo Gil Vicente. Hablamos del doctor Francisco de Sa de Miranda. Sin embargo, la omision de este ingenio en una obra destinada á hablar de los poetas dramáticos anteriores á Lope de Vega, es disculpable en Moratin por lo raro de las obras de este insigne doctor entre nosotros.

Mucho han hablado de su vida los mas eruditos bibliógrafos de reino lusitano. De estos vamos á tomar unos brevísimos apuntamientos, para dar satisfaccion á la justa curiosidad de nuestros lectores antes que comencemos la tarea de analizar alguna de las obras mas importantes de Sa de Miranda y mas convenientes á nuestro propósito.

Nació este ingenio en Coimbra, ciudad que ha tenido por hijos á muchos varones insignes así en las armas como en las letras. Dicese que salió á la luz del sol el año de 1498; que estudió leyes en la universidad de su patria, hasta recibir el grado de doctor; que viajó por España é Italia; que cuando tornó á Coimbra, vencido del amor, se casó con una dama muy principal llamada doña Brianda de Acevedo, con la cual tuvo varios hijos; y por último, que muerta ella en 1535, cayó en una profunda tristeza que pasó á paso lo llevó á mejor vida en 1558, á los sesenta y tres años de su edad. Fué gran helonista y no menor labina. Escribió muchas obras en verso, parte de ellas en lengua castellana y parte en portuguesa. Todas se imprimieron despues de su muerte, con presencia de horrores muy maltratados; el año de 1808 (1). Pero enmendáronse luego en otras ediciones con vista de manuscritos mas corretos (2).

Sa de Miranda compuso dos comedias en prosa y lengua portuguesa, con bastante libertad en el decir y en los chistes. Sus hijos son *Os Villapandos* y *Os Estranjeros*. Ambas se representaron por caballeros notables de la corte ante el cardinal rey don Enrique, sucesor del malaventurado D. Sebastian; principe llevado á morir en los desiertos de Africa, por su desdicha, por su ardor juvenil, y por consejos de codiciosos jesuitas.

Estas dos comedias son de ninguna importancia para la historia del teatro español anterior á Lope de Vega. Por eso, si no hubiese

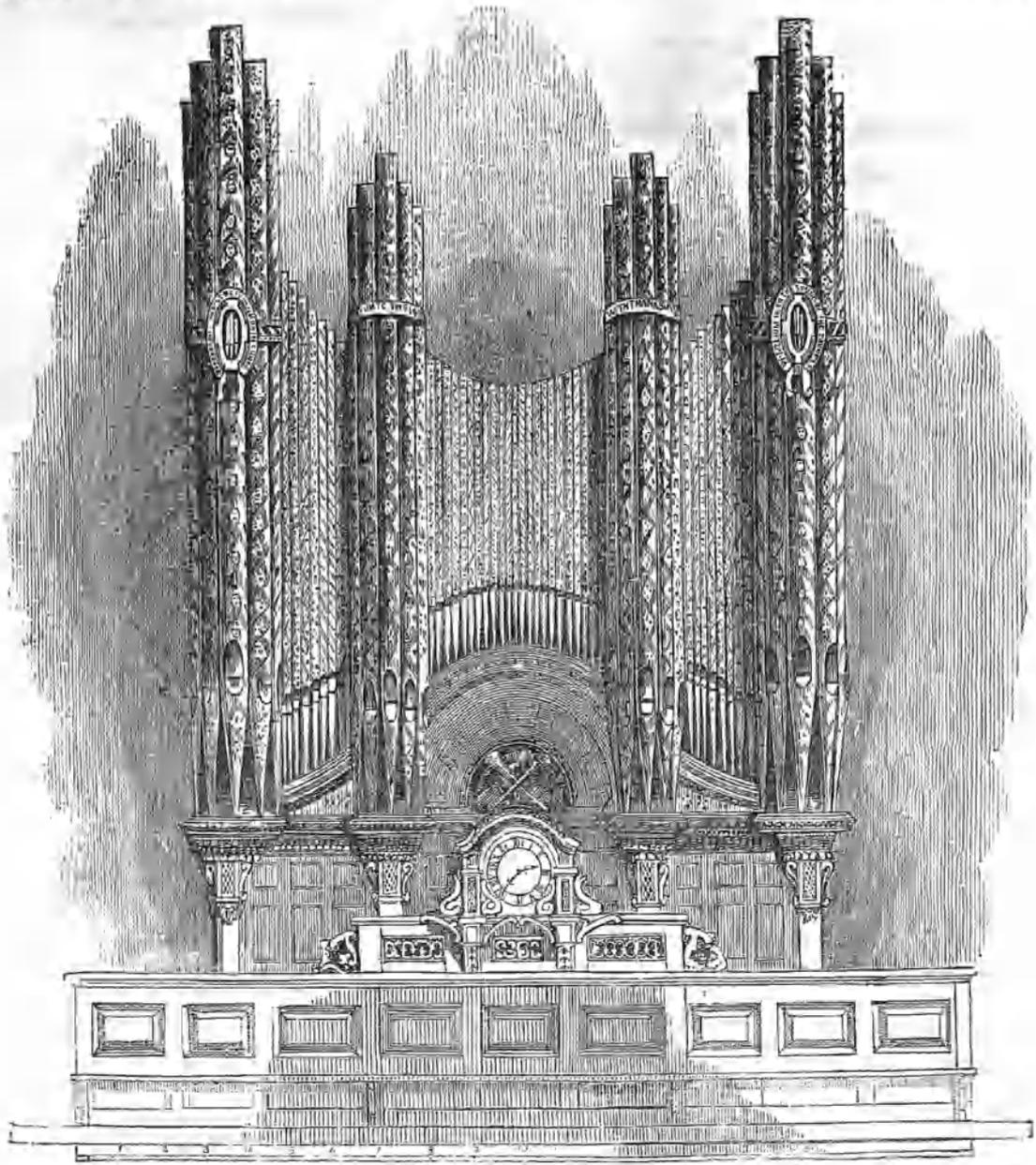
(1) As obras de doctor Francisco Sa de Miranda, Lisboa, 1808.

(2) Lisboa, 1608, por Miguel de Lira;—Id. por Vicente Alvarez, 1614, etc.

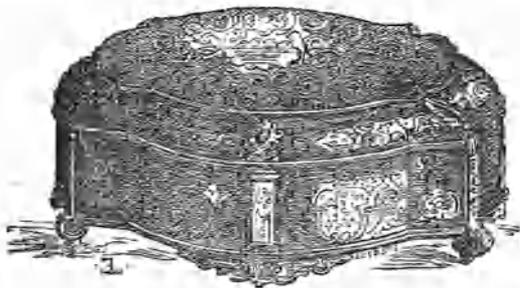
escribo otras obras dramáticas en lengua castellana, demás estaría contar á Sa de Miranda en el número de nuestros poetas. Varias fueron las églogas representables que compuso á semejanza de las de Juan de la Encina; pero de la intitulada *Alfo*, solo vamos á dar no-

ticia á nuestros lectores; porque ella, mejor que otra alguna, sirve para mostrar el verdadero carácter de la literatura dramática española en el primer tercio del siglo XVI.

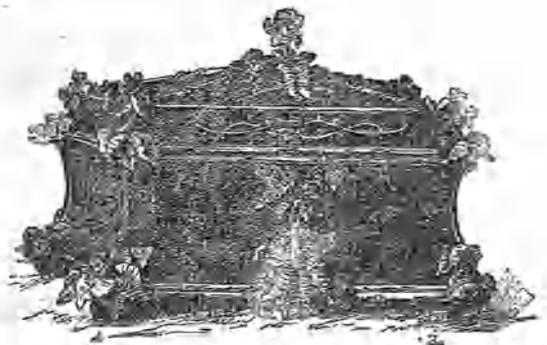
Las figuras que hablan en la égloga son *la ninfa de la Fuente, Al-*



(Lám. 2.ª)



(Lám. 3.ª)



(Lám. 4.ª)

Ja, Anton, Toribio, Juan, Pelayo y Sancho, viego; todos pastores. Entra *Alfo* lamentándose de las melancolias que fuercosamente lo persiguen:

Yo vengo cómo pasmado
y no sé lo que me diga,
que el mi corazón sigue
entre coidado y cuidado.

Dias ha que no me entiendo
ni penetro está real miyo:
al sol ruerome de frio,
á la sombra estáme ardiendo.

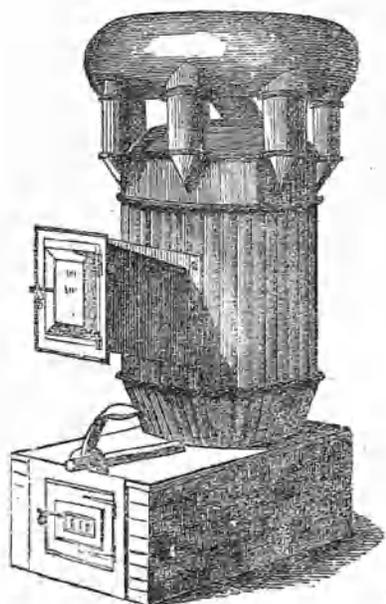
Mas vamos á lo peor!

no sé qué se me figura ;
quizá puede ser locura ,

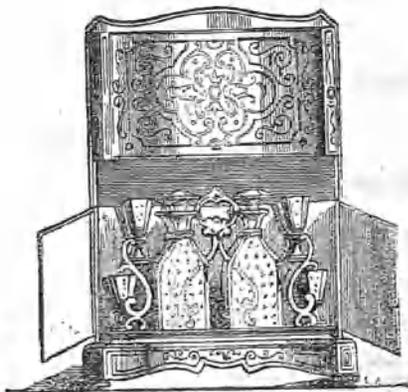
quizá puede ser amor.



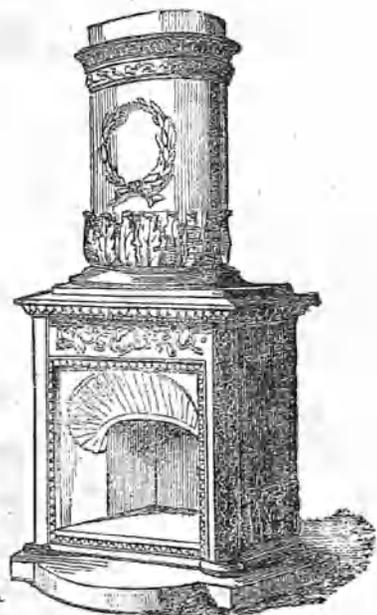
(Lám. 5.ª)



(Lám. 6.ª)



(Lám. 7.ª)



(Lám. 8.ª)

Si aquí estuviera mi hermana
que nos la llevó su esposo,

por ella hubiera reposa
esta si fuita villana.

Con el fin de dar treguas á su dolor, acuéstase á dormir sobre la fresca yerba que crece á la márgen de una fuente. Por lo que se refiere de estos últimos versos y de otros que no van aquí copiados, Alejo aparenta amar á una hermana suya. Después que se entrega este pastor al sueño, sale el viejo Sancho en su busca, y dice:

En vano el viejo añoró,
la vista se me evadece,
el muchacho no parece,
antes desapareció.

Con el hijo juntamente
nascen cuidado y fatiga;
pero costumbre es antigua
andar tras su mal la gente.
¡Buena vida en vejez fué,
por mi fé,
ochenta años cuándo menos!
¡Mal con hijos que enjendré;
mal con los hijos ajenos!

Prosigue su relación diciendo que Alejo no es su hijo, con lo cual disculpa el poeta el amor de esta pastorella á su hermana. Dice Sancho que en el monte lo halló envuelto en ricos paños y alimentado por una cabra; que lo recogió movido de caridad, y que le dió crianza como si fuera su hijo:

Truje el niño á mi Teresa,
que podría ser de un mes.
Veislo que anda en cuatro pies:
veislo que se argue á la mesa.
Veis, los mayores alonza
en crianza,
en costumbres y en saber.
Ved de tan grande esperanza
lo que queda al recoger.

Díjome uno de esa banda
de allá, que lo viera aquí:
bien pueden decir por mí
un perdido tras otro anda.
Soy ya cansado, soy viejo:
¿qué consejo
tomaré yo ó qué camino?
Veis el mi perro hermano;
á la fé, tras mí se vino.

Y tú hijo, andas huyendo
de mí de valle en collado:
¡qué mal consejo has tomado!
el por qué yo no lo enbando.
Sigues anteojos livianos,
no los sanos
consejos del viejo padre:
no se te acuerda de hermanos,
ni la vieja de tu madre.

Vase Sancho sin ver á su hijo que dormía y sin tomar á presentarse en la égloga. De forma que en el resto de ella, ni una palabra mas se dice acerca del misterioso nacimiento de Alejo, primera figura de la fábula. Esto bien claramente demuestra cuánto procuraban los poetas despertar en el ánimo de los espectadores el interés, y cuán poca perfección lograban dar á sus obras dramáticas. Conocían que para hacerlas agradables á los ojos de todos, necesitaban mover la curiosidad por medio de un trama ingeniosamente dispuesta; pero ignoraban el modo de desaturla con felicidad; cosa reservada al arte y al buen gusto.

Ido Sancho, aparece la ninfa de la Fuente, enamorada de Alejo; y deseosa de tenerlo siempre por su fiel esclavo, encanta las aguas para servirse de ellas contra el desventurado pastorcillo. Por eso dice:

Tal fuerza el agua tendrá
de hoy mas, que luego en la rienda
toda persona torriendo
por beber de ella arderá.
Aguella sed matara,
y á otra nueva pasando,
nunca el olvidado mudando
por este bosque andaré.

Retirase la ninfa y se despierta Alejo. Está, convidado de la frescura de la fuente, intenta apagar la sed en sus traidoras aguas. No loor les llega á los labios, la razón lo abandona, tórnese loco y huye á la enmarañado del bosque. Múdase la escena, y salen en otro lugar de aquellos campos tres pastores llamados Juan, Antón y To-

ribio, los cuales despues de varias pláticas de amor comienzan á entonar canciones con el fin de divertir sus tristezas.

Uno de sus cantares está escrito en octava rima, y lleno de pesamientos que los portugueses llamaban *herregias de amor*, por ser dirigidas contra Cupido.

No veis que va desnudo y que no lleva
sino con que haga mal y bien ninguno:
suetas, arco y fuego con que os prueba
con todos los tormentos uno á uno.

Vos uno á uno os vi dando la nueva,
que es falso, que es sin fé, que es importano:

¿qué es esto, me decid, hombres perdidos?

Ya que ojos no tenéis, tened oídas.

Y tú, ¿qué finjimiento es esto tuyo,

niño desnudo, desarmado y ciego?

Huyes, si voy á tí; vuelves si huyo,

ahora vencedor, vencido luego.

¡Ah! que no tiene amor, cosa de ayo:

nos las armas le damos, nos el fuego.

¿Quereis su *divinidad* ver tan loada?

Abrió los ojos bien, no varéis nada.

Las largas pláticas de amor y las canciones de los pastorcillos son interrumpidas por Pelayo, que sale anunciando la locura del desdichado Alejo, y pidiendo favor para prestarle los remedios posibles. Pero Antón le replica:

Déjale, Pelayo hermano,
que puesto que el mal no es poco,
el querer curar un loco
es traajar siempre en vano.

Preséntase Alejo á sus amigos, estos lo siguen hasta la fuente; pero no bien la miran, son inclados á probar sus aguas. Van á beberlas unos tras otros con iguales ansias, y todos quedan encatados por la malicia de la ninfa: con lo que se da por fenecida la égloga.

Esta, según se deduce de lo dicho, no es un modelo de buen gusto, sino solo un monumento histórico de los primeros pasos del ingenio español en la carrera dramática. Sin embargo, algunas noticias bastante curiosas pueden sacar de su lectura los aficionados al estudio de las buenas letras. En la égloga de Alejo se ve cuán antigua costumbre ha sido en nuestros poetas no guardar fielmente la unidad de lugar, y no escribir en la misma clase de verso todas las escenas de una composición dramática. Con esto se prueba que de aquella falta y de este ornato en las comedias no fué inventor el gran Lope de Vega, como la ignorancia, acreditando el error de algunos eruditos, ha afirmado hasta ahora. Por lo demás, el estilo de Sa de Miranda no es elegante; defecto ocasionado por haber escrito aquel ingenio esta y otras églogas en idioma castellano, á tiempo que en Portugal no se sabia con la misma perfección que en el siglo XVII.

Hay que advertir, no obstante, que la lengua española se estaba formando nuevamente; pues, según decía un escritor contemporáneo de Sa de Miranda (1), «*con singular diligencia de muchos varones letrados que componen libros cada día, desechando la esorra de algunos vocablos arábigos, tomando muchos latinos, torna á cobrar su natural y antigua nobleza de romance.*» Esto servirá de disculpa á los defectos que se hallen de lenguaje y estilo en las obras del famoso doctor Sa de Miranda. Cuando no todos, sino la mayor parte de los autores españoles de aquel siglo, mostraban en sus escritos el deseo de dar al idioma una perfección que no había logrado, ¿qué extraño es que Sa de Miranda, poeta extranjero, apareciese mas tosco en el decir que los naturales de nuestra patria?

Por último, otra observación nos queda que hacer con respecto á este rélebre ingenio lusitano. Sus obras dramáticas, á excepcion de dos comedias escritas en lengua portuguesa, son églogas. El gusto de estas, que despertaron en España las de Juan de la Encina, había pasado entonces. Las composiciones que presentaban los poetas en los teatros eran farsas, autos y comedias. Sa de Miranda no quiso mudar de gusto literario ni ajustarse á las inconstancias de sus contemporáneos. En todos tiempos han existido escritores de esta misma condición y genio. ¿Quién podrá imaginar que á fines del siglo déimosesto, despues de haber admirado á España las obras de Garcilaso y Herrera, hubiese poetas que despreciasen los rasgos de ingenio que derramaron estos en sus escritos, y aun la forma con que los acomodaron al gusto de su tiempo? Joaquín Romero de Cepeda, en 1388 componia versos á imitación de las coplas de los antiguos cancioneros; y aun muchos años despues de haber florecido Góngora y estar estendida su secta por España, había escritores, como el conde de Rebolledo, que solo pretendían imitar en sencillez los cantos de la musa de Garcilaso.

(1) Esta noticia rara, por lo que toca á los vocablos arábigos que se desechaban de nuestro idioma, está dada por el traductor anónimo del libro de la cosmografía de Pedro Apiano. Amberes, en 1572 de Gregorio Bontio; año de 1548.

De estos poetas, y aun prosistas, que procuraban mantener el gusto antiguo contra las corrientes de la moda y del capricho de sus contemporáneos, nos ofrece muchos y muy notables ejemplos la historia literaria de todas las naciones. El doctor Francisco Sa de Miranda es uno de ellos.

ADOLFO DE CASTRO.

LA CANTATRIZ DESCONOCIDA.

AVENTURA.

Lablache, el bueno, el espiritual Lablache, es, como todos los artistas saben, el niño querido de los ingleses. Dicen algunos que su estremada obesidad no ha contribuido poco á conquistarle los aplausos de John Bull; yo creo que su buen humor, su carácter condescendiente y su maliciosa alegría han sido los motivos principales para adquirirle esta victoria.

En 1839 teñía entre sus discípulos Lablache á un jóven italiano, tierno doncel, de blondos y rubios cabellos, de barba larga y luciente, con sus ojos azules, afligido y hastiado de sí propio, por sus veinte años, y su millón de rénta. Si alguno de vosotros le hubiese visto al piano, cantando el ária de la *Sonámbula*, hubiera creído que era alguna lady pálida, tierna y melancólica, según era blanca su tez y su voz femenina.

Un día, este Señor Giovanilli entró en el estudio de Lablache tartamudo y pensativo.

—¿Qué tenéis? (le dijo el artista) ¿estais enfermo? ¿no habeis podido alcanzar con toda su estension el estudio que os he puesto, ó habeis heredado otro millón y no sabéis qué hacer con él?

—Nada de esto me inquieta, señor maestro.

—¿Pues qué tenéis para estar tan triste?

—Tengo tedio.

—¿Tedio, vos, el señor mas jóven y mas rico de Italia? ¡vos, que poseéis un castillo, cuyas almenas tocan al cielo, y cuyos cimientos se bañan en las azules ondas del Adour!

—La riqueza no hace felices. El corazón que no se halla ocupado, se marchita pronto. y...

—*Per Baccha!* Monseñor, no desconfiéis; ¿en los ocho días que llevais en Londres no habeis conquistado á alguna hermosa isleña?

—¿Amor! ¿y cómo queréis que lo haya hecho? no conozco una palabra de inglés, no tengo aquí mas amigos que vos, y sobre todo no es una mujer lo que anhela mi corazón.

—¿Pues qué deseáis?

—Un ángel, una criatura rodeada de misterio, á quien pueda amar desde lejos, como se adora al sol, con sus rayos de oro, ese luminoso brillante de la corona celestial... Quisiera que mi alma se ocupase de ella á su sabor, á quien pudiera consagrar mi corazón con una oblation y entusiasmo paternal, puro ramo el de los querubes.

—Ya comprendo, mi querido poeta, quisierais un amor sin esperanza.

—Quisiera que nunca pudiesen faltarme las ilusiones doradas que forja mi imaginacion: que aquella, á quien tributara esta muda adoracion, no saliese jamás, como los antiguos augurios, de las veladas sombras del misterio que la encubierta, porque á toda belleza terrenal falta algo... ¡la perfeccion no existe!

—A fé mia, monseñor, os deseo buena ventura con esa vision fantástica de color de rosa que buscáis.

Cuando Lablache concluía estas palabras, hojeaba Giovanilli los álbums que había sobre la mesa del estudio.

—¡Oh mio caro! exclamó de repente, ¡qué delicioso libro!

El jóven espiritual había abierto un álbum verdaderamente encantador, estampado, guarnecido de terciopelo y oro con unas lindas manecillas de un colorado sorprendente. Cuatro rubís magníficos brillaban en las esquinas, y un delicioso aroma se exhalaba de sus satinadas hojas; era un incienso precioso de mirra, reseda y violeta. En la primera página se leían estas palabras escritas por una mano de mujer: *Al mio maestro di musica.*

—Por San Jorge! dijo el conde, ¿quién os ha regalado este álbum?

—Una de mis discípulas.

—¿Su nombre?

Lablache reflexionó algunos minutos.

—¿Su nombre? No puedo decirlo.

—¿Y por qué esa reserva?

—Monseñor, yo no puedo descubrir, sin permiso prèvio, el nombre de mis alumnos, sobre todo á un aturdido de vuestra edad, voluble mariposilla en derredor de las lozanas flores.

—Esa discrecion me la hace mas interesante. ¿Es bonita?

—¿Encantadora!

—¿Y sus cabellos?

—Blondos.

—¿Sus ojos?

—Azules.

—¿Y su talle?

—Magesuoso, su boca preciosa, y un talento, sobre todo... una gracia seductora.

—¿Pero estará casada?

—No, es libre.

—Entonces, deeseo verla, ofrecerle mis respetos... y si me agrada...

—¿Os casaríais con ella?

—Sin duda.

—¿Locura! Sus poderosos parientes no os la entregarían.

—¿Lo creéis así?

—Estoy seguro de ello; hay obstáculos insuperables.

—Hacédmela ver una vez, una sola vez.

—¿Y si os la enseñó, me jurais no procurar acercaros á ella, y contentaros con esa muda adoracion de que habláis hace poco?

—Lo juro: y en prueba, mañana dejo á Londres.

Aquella noche acompañó el conde á Lablache á un concierto magnífico. Ya estaba la fiesta empezada, el salon estaba adornado con un lujo asiático. Todos los concurrentes miraban á una jóven sencillamente alaviada, con una corona de *aciano* en la cabeza.

—Aquella es, dijo Lablache.

—¿O bell' alma innamoratá! exclamó el italiano.

Y permaneció toda la noche en su sublime éxtasis. Al día siguiente partió para Venecia.

Un año despues encontró á Lablache en Paris.

—¿Y mi bella desconocida, amigo mio?

—¿Pensais en ella todavia?

—Siempre: es un ensueño precioso que veo siempre durmiendo. Ora la revistó mi imaginacion de esquisitos ornamentos, ora la cubre de púrpura, ora coloca sobre su frente una corona de diamantes. ¿Es todavia vuestra discípula?

—Todavía: es una cantatriz distinguida, pero en el tiempo que ha pasado han sucedido cosas grandes, la han casado.

—Casado! dijo el caballero, dando un suspiro. ¡Bella flor tan fresca y tan vaporosa, como la querida del botánico, que ni se atreve á tocarla!

—¿Y vos seguís siempre poeta?

—¿Es culpa mia que el siglo lo sea también? La poesia es el amor á lo bello, es el respeto á lo grande, es la mas elocuente de todas las plegarias, es el himeneo del corazón.

El principe italiano permaneció aquel invierno en Paris. Frecuentemente hablaba de su desconocida, frecuentemente besaba con respeto las hojas de su álbum, pero era todo soñar. El positivismo, ese niño sério y pensador que se complace en conquistar los corazones, en los momentos en que una ilusion se destruye, también se apoderó del jóven. Volvió á Italia y casó allí con una princesa que llevaba en dote diez castillos y cien leguas de dominio, como las heroínas de los cuentos de hadas.

En el año último, queriendo sanear el príncipe sus costumbres aldeanas, quiso que su esposa visitase á Francia. Al atravesar á Ru para ir á Paris vió inmensos grupos de gente reunida. Los gritos de alegría resonaban en los aires. Las músicas guerreras hacian resonar sus ecos. Y en medio de una multitud de príncipes, personajes y señoras descubrió á una jóven que reconoció al punto.

—¡Gran Dios! ella es, la discípula de Lablache, mi cantatriz desconocida.

—¿Qué tenéis? le preguntó su mujer inquieta.

—Nada, ángel mio, nada, á fé mia.

En seguida acercándose á un oficial:

—Caballero capitán, le dijo con temblorosa voz, ¿podríais decirme el nombre de esa señora?

—La que lleva un traje de rosa y un sombrerillo de gasa blanco?

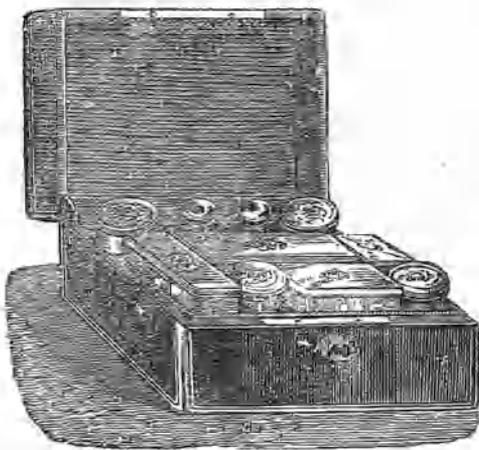
—Justamente.

—Caballero, le dijo el oficial al admirado príncipe, quitaos vuestro sombrero, esa que veis es Vitoria, la reina de Inglaterra.

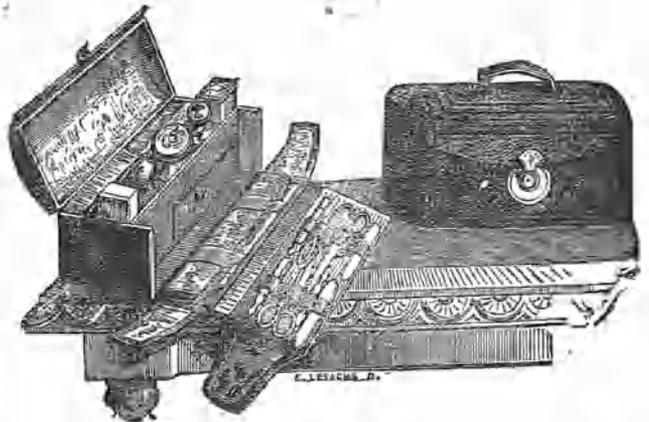
E. B. J.



(Lám. 9.ª)



(Lám. 10.ª)



(Lám. 11.ª)